

Después de la muerte de Artigas (1851 - 1856)

Nº 111 [Memorias orales sobre Artigas en el Paraguay, testimonio de Juan León Benítez, recogidos por Elisa Menéndez.]

[Sin fecha]

Escrito ya este libro, la casualidad quiso brindarnos la feliz ocasión de encontrarnos con un anciano que conoció a Artigas en sus últimos años.

Es éste don Juan León Benítez, paraguayo, de 102 años de edad, antiguo vecino de este lugar, que habita una modesta casita contigua a la Escuela República Oriental del Uruguay, situada en Trinidad. Vive en compañía de una hermana suya, doña Josefa Benítez, que lleva con arrogancia sus 75 años sin que una hebra de plata aclare su oscura cabellera.

¿Cómo es posible, nos preguntamos a nosotros mismos, que en tanto tiempo de vecindad no conociéramos su existencia?

— Hoy, su debilidad senil y su ceguera, obligan al anciano a vivir recluido en su morada.

Hacia ella nos conduce nuestro interés por conocer los recuerdos que conserva sobre el viejo patriarca de Ybiray.

Don León nos recibe con alegría al saber el motivo que nos lleva hasta él. Está sentado en una pesada silla, obra de sus propias manos en los años lejanos en que ejercía su oficio de carpintero. Los frondosos árboles del patio le ofrecen su sombra amiga en la serenidad azul de la tarde. Lo contemplamos con respetuosa emoción. A pesar de la modestia en que vive, emana de toda su persona cierto aire señorial que no desmiente su origen de honrosa cuna. Los años no han logrado borrar del todo los acentuados rasgos de una hermosa cabeza varonil, coronada de abundante cabellera blanca, semejando la nieve sobre un volcán apagado. Lo miramos en silencio unos instantes evocando al legendario proscrito y confundiendo en el recuerdo las figuras de los dos ancianos. En esas pupilas sin luz, pensamos, se reflejaron un día los apagados ojos del patriarca, cuyas manos acariciaron más de una vez los dorados rizos del niño, que alegró con su alegre parloteo su desolada vejez.

—¿Nos han dicho que Vd. conoció a Artigas? — inquirimos.

—Sí. Yo tenía unos 8 ó 9 años cuando él vivía en una chacra de mi abuelo; pues yo soy hijo natural del mariscal Francisco Solano, pero me crió y educó don Carlos Antonio López, su padre, que siendo entonces presidente de la república, ocupaba “la casa baja” esa que está ahí, dice, señalándola.

—¿Y por qué Vd. — le expresamos con cierta amargura — no fué nunca hasta la Escuela Artigas para decirnos cosas tan interesantes?

—Porque en el mundo hay muchos picaros y podrían pensar que yo era algún viejo cuentista, embustero...

Nos dice, meneando la cabeza.

Y afirma doña Josefa, su hermana, que esa era siempre la respuesta que daba cuando alguien se lo sugería.

—¿Y Artigas dónde vivía?

—Primeramente ocupaba “la casa alta”, que era entonces una vieja casona con muchas piezas. Después, cuando tía Rafaelita, la hija de López, iba a casarse con un brasileño, el doctor Bedoya, mi abuelo la hizo arreglar levantando una casa de dos plantas como está hoy. Fué por eso que el general José Gervasio — así le llama don León con cierto énfasis en su temblorosa voz — pasó a ocupar otra casita de techo de teja que había en la quinta, un poco más acá.

—¿Cerca del ybyrá-pytá?

—No tanto.

—¿Y por qué la tradición le llamó Arbol de Artigas?

—Porque el general siempre iba a descansar bajo su sombra.

Era un hermoso árbol que estaba junto al portón de la quinta, como hasta hoy, y había a su pie muy lindo pasto. Manuel María le llevaba la silla, yo solía acompañarlo, él pasaba allí muchos ratos.

—¿Quién era Manuel María?

—Un muchacho morenito de unos 19 años, el cual siempre que el general salía a caminar lo acompañaba llevándole una silla, que tenía respaldo y asiento de cuero, y brazos para descansar las manos.

—¿Y nadie más acompañaba a Artigas?

—Sí, vivía con él su secretario Lenzina.

Reparamos en este nombre, recordando que así también lo llama el hijo de Artigas en sus “Memorias”.

—¿Lenzina o Ansina? insistimos.

—No, Lenzina. Responde categóricamente. .

—¿Y su nombre de pila?

—No lo recuerdo. Lo llamábamos simplemente Lenzina: Era más robusto que el general, de tez morena oscura y cabello enrulado.

Las palabras del anciano van cobrando firmeza al calor de los recuerdos. Se expresa en un español correcto y fácil, sin pensarlo casi, como hablando de memoria, pero coordinando bien las ideas y respondiendo con precisión a nuestras preguntas.

—¿Y qué lugar ocupaba Lenzina junto a Artigas? ¿Lo sentaba a su mesa, dormía en su habitación?

—Sí. Siempre estaban juntos. Recuerdo que una vez yo había ido a su casa, lo que hacía a cada rato porque el general me quería mucho. Era de tardecita, y cuando iba a retirarme, me dijo:

—“Hoy no te irás, te quedarás conmigo”.

—¿Por qué? le pregunté.

—Porque va a llover.

Efectivamente, llovió mucho. Yo pasé la noche allí y dormí en la misma pieza que el general. Lenzina pasó a otra habitación que había más lejos.

Este sencillo pasaje de su infancia lo repite don León con satisfacción y hasta con orgullo.

—¿Y que fué de Lenzina — insistimos — después que falleció Artigas?

—Quedó viviendo en la misma casa.

—¿Hasta que murió?

—No sé. No lo recuerdo.

Así nos contesta don León, siempre que no puede responder a nuestro largo interrogatorio. Pero su conversación es animada, viva, emanando de sus palabras convicción y sinceridad. Ríe a veces con una carcajada simpática, y se siente satisfecho al comprobar el interés que nos despierta su relato. Habla de Artigas con admiración, y con frecuencia repite estas palabras, monologando, con sus pupilas apagadas perdidas en las lejanías de los tiempos idos: ¡Qué bueno era el general José Gervasio! ¡Cómo me quería! Siempre me acariciaba y me decía:

—“Mirá, yo te voy a robar y te voy a llevar conmigo a Montevideo”.

Y el anciano agrega: ¡Y ni él pudo ir, el pobre!

Procuramos transcribir sus expresiones casi literalmente, respetando hasta la forma y los modismos que emplea, para que no pierdan ese bello realismo, pleno de candorosa sencillez con que nos habla.

El recuerdo ingrato del engrillamiento de Artigas cruza con frecuencia por su mente, culpando a Francia de aquel hecho. — ¡Miren que hacer eso con un hombre tan bueno! — exclama.

Con López, sí, eran muy amigos. Aunque éste vivía en Asunción, todos los sábados por la tarde venía en coche con la familia a su quinta, donde pasaba hasta el domingo de tardecita. Ese día el general se levantaba temprano, tomaba mate, desayunaba y después iba a visitarlo. López lo recibía generalmente en el corredor y allí conversaban mucho. A veces lo obsequiaba con frutas o café.

—¿Artigas tomaba mate o tereré?

—Mate dulce, no muy caliente.

Y don León recuerda sonriendo algunas diabluras propias de chiquillos. El tereré entonces no se conocía, agrega, pues empezó a usarse en el país después de la guerra del 70.

—¿De qué medios disponía Artigas para vivir?

—De ninguno. De lo de López le llevaban todo lo que precisaba.

—¿Incluso el alimento?

—Sí, todo. Tanto él como Lenzina eran ya viejos para trabajar.

Así confirma el anciano la confesión del proscrito hecha a Beaurepaire Rohan: “¡Hoy vivo de limosna!”

—¿Montaba a caballo?

—A veces. Siempre que iba algo lejos, como ser a la parroquia de la Recoleta porque entonces la de Trinidad no existía. López la mandó construir años después. Pero por acá cerca andaba a pie, apoyado en un bastón; aunque no sé para qué, no era rengu ni ciego.

Este detalle concuerda perfectamente con el bosquejo que gráficamente nos legara Demersay, y con lo que al respecto nos dice Beaurepaire Rohan.

—¿Usaba barba larga?

—No tanto. Se la cortaba con tijeras porque no tenía navajas con que afeitarse.

Don León conversa con animación, como contagiado de nuestro interés, y a menudo salpica su relato con esta expresión que surge espontáneamente de la profundidad de su memoria, como hablando consigo mismo: ¡El general José Gervasio, qué bueno era, cómo me quería! Era un buen cristiano. Siempre decía: “Dios es muy ¡grande, pero mantiene a muchos picaros”. De tarde reunía a todos los chicos del barrio y nos enseñaba la doctrina cristiana. Recuerdo que nos repetía: “Hay que hacer la caridad sin mirar a quien se hace”. Y otras sentencias que en vano el anciano pretende coordinar.

—¿Qué puede decirnos Vd. sobre la muerte de Artigas?

—Muy poco, porque cuando acaeció yo estaba con mi abuelo en Asunción, a donde me llevaba con frecuencia. Pero recuerdo bien cuando le escuché decir: “Hemos perdido a nuestro amigo. Artigas falleció”.

Yo quedé apenado, mirando a mi abuelo en silencio. — “Le voy a mandar a hacer un funeral, continuó”.

Y don León agrega: Pero como yo no asistí, no puedo afirmar si se hizo o no.

Sonreímos de sus dudas. Don León teme pasar por embustero.

Luego nos habla de su padre, el mariscal Francisco Solano; de su viaje a Europa, de donde volvió en compañía de Mme. Lynch, una linda irlandesa, dice, a quien yo llamaba “mama Elisa” con quien tuvo cuatro hijos varones y una niña, que falleció a los pocos meses de edad.

Un pequeño monumento levantado a Corina Adelaide Lynch, en 1857, en el cementerio de la Recoleta, atestigua este recuerdo del anciano.

Don León es una historia viviente de la familia López. Con admirables detalles nos habla de sus hermanos — porque así nos tratábamos todos — agrega. El mayor de; ellos murió con mi padre en Cerró Corá, a los 16 años de edad, con el grado de teniente coronel. Yo también actué en esa terrible guerra, continúa diciendo, pero caí prisionero de los brasileños que me llevaron al Brasil donde me trataron bien, pues como yo sabía expresarme en español nos entendimos con facilidad.

—¿Artigas hablaba guaraní?

—Probablemente. Pero siempre conversaba en castellano. Desde luego en nuestra familia todos hablábamos español.

Prueba de ello es la facilidad con que el anciano lo domina.